

# Teresa de Jesús, Icono Bíblico

MAXIMILIANO HERRÁIZ GARCÍA, OCD

## Introducción

Me impactaron estas y otras palabras de reconocidos teólogos protestantes: “O la mística o la palabra”; “La mística es un ateísmo esotérico”. Y otras perlas de la misma especie e idéntico género. ¡Hasta dónde pueden llegar los pre-juicios o “apetitos desordenados” de los que dice un místico tan bíblico como Juan de la Cruz que “ciegan la razón”, hasta el punto “que puesto en medio de la verdad y de lo que le conviene, no lo echa más de ver que si estuviera en tinieblas”!<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Cito las *Obras completas* de santa Teresa según mi ed, Sígueme, 1997, Salamanca, siguiendo lo establecido por los estudiosos: de los Doctores de la Iglesia, Teresa y Juan de la Cruz: V = *Libro de la Vida*; C = *Camino de perfección*; M = *Libro de las Moradas del castillo interior*, precediendo el número de “morada” y siguiendo el del capítulo y párrafo; F = *Fundaciones*; CC = *Cuentas de conciencia*, editadas también con el título de *Relaciones*; MC = *Meditaciones sobre los Cantares*, en alguna edición con el título *Conceptos del amor de Dios*; Vej = *Vejamen*; Ct = *Epistolario*; Obras completas de San Juan de la Cruz, mi ed 1992<sup>2</sup>, Sígueme, Salamanca: 1S, 2S, 3S, se refieren al libro de *Subida del Monte Carmelo*, precede el número de libro y sigue el número del capítulo y el número de párrafo; 1N y 2N, libro de la *Noche oscura*, y después, capítulo y número de párrafo; C , *Cántico espiritual*,

A Teresa de Jesús, a quien, por ser mujer, no se le permitió leer la Biblia, Dios la convirtió en un icono bíblico, por varios confluyentes caminos de la comunicación de Dios con ella. Al fin de cuentas, el Espíritu que actúa en los escritores de los libros canónicos de la Biblia, es el mismo que actúa e inspira, de modo singular, en quienes Dios convirtió, a lo largo de la historia, en testigos más prominentes de la Historia de salvación. Teresa, escritora de su aventura espiritual, rezuma Biblia a chorros en sus escritos<sup>2</sup>. En esta línea está también el recurso a figuras simbólicas para apuntar certeramente a lo que está escribiendo<sup>3</sup>. Se le nota una querencia de expresarse con palabras bíblicas: “¡Oh Jesús y quién supiera las muchas cosas de la Escritura que debe haber para [decir] esta paz del alma [en las 7M]”. Teresa tiene un firme convencimiento, a saber, que las “gracias extraordinarias” que recibe tienen que estar “*conformes*” con la Palabra de Dios, y esto es lo que les pide a los teólogos a los que se acerca para “discernir”, verificar esas gracias, es decir la comunicación-palabra, revelación que confiesa recibir<sup>4</sup>. La Biblia canónica está “cerrada”, concluida, como la revelación “objetiva” de la que hablan los profesionales de la teología, y está bien. Pero esto no quiere decir que Dios no siga “revelándose”, comunicándose a todos que confiesan querer acogerlo, y de forma singular a quienes Él elige como testigos relevantes, signos más impactantes de que Dios no se “retiró” en un pasado lejano, sino que sigue escribiendo historia de salvación, que, por supuesto, tiene que contrastarse o verificarse en quien confiesa que Dios “le habla”, “que se le manifiesta”.

No dudo que habrá otros muchos casos tan relevantes como Teresa, en los que Dios sigue escribiendo en el curso de los siglos, su historia de

la 2.<sup>a</sup> redacción; Ll, *Llama de amor viva*, número de estrofa y número intracapitular; DLA, *Dichos de luz y amor*; Ct, *Epistolario*; R = *Romances*.

<sup>2</sup> Puede constatarse leyendo una buena muestra de esto en el libro de la carmelita descalza, Pilar Huerta Román, *Ecos bíblicos en la autobiografía teresiana*, EDE, Madrid, 2013. En *Las Moradas del castillo interior* hay o un personaje bíblico o simbolismos que “identifican” la etapa del camino de cristificación de la experiencia teresiana y de su teología espiritual.

<sup>3</sup> El hijo pródigo, icono de la persona que vive “fuera” de su casa interior, (2M1,4); el joven rico que se echa atrás ante la exigencia de seguir a Jesús (3M 1,5), a quién sigue aludiendo (3M2,3); el silencio profundo en el que se da la comunión de Dios y la persona en las 7M: “así en este templo de Dios [la persona máximamente interiorizada]”, evoca 1Re 6,7 (7M3,11), etc.

<sup>4</sup> A menos de un año de su muerte, cuando se está a punto de la separación jurídica del primitivo Carmelo, ruega al P. Gracián: “en nuestras Constituciones dice [que los monasterios] sean de pobreza y no de renta. Como ya veo que todas llevan camino de tenerla [renta, mire si es bien se quite esto]...” (Ct 21/2/81; 360,9).

salvación. Me resulta imposible pensar de otra manera. Teresa, además, muestra también un vivo impulso, una tendencia muy temprana, que se afirma e interioriza, bien ritmada y en plena armonía con las gracias abundantes que recibe, unida a la apertura a la comunidad eclesial de pertenencia para que le digan si su experiencia “subjetiva”, que recibe *en y para* la Iglesia, está “*conforme*” con la Escritura sagrada. Intuye que lo que recibe, si es de Dios, tiene que estar en perfecta sintonía con la acción de Dios registrada en las Escrituras, por ser el mismo Dios el autor que persigue en los siglos su obra de salvación, tal y como las interpreta la comunidad creyente.

La prueba más rotunda y convincente de que Dios *se* comunica es la transformación de vida que opera en la persona a la que se le conceden esas gracias. Esta transformación de la persona de principio y fin es “el envío” a poner en manos de la Iglesia, esa gracia para la revitalización del mensaje salvífico que culmina en Jesucristo y que se renueva en cada creyente abierto al don “para completar lo que falta a la pasión de Cristo en favor de su Iglesia” (Col 1,24). Cristo-Palabra se encarna en quien lo acoge y en la medida en que lo acoge, luz de Luz, “ayer” y de cada segmento de la historia.

## 1. Teresa, una mujer seducida por la Palabra

Decimos, a veces me parece que con cierta ligereza, que Dios *se* revela, *se* comunica, *nos* habla. Que lo hace en la palabra “sellada” en los libros que componen la Biblia. Y que, “en la plenitud de los tiempos” Dios nos habló *su* Palabra, el Hijo. Juan de la Cruz nos lo dijo con reiterada insistencia en frases grávidas de contenido: “Una palabra habló el Padre, que fue su Hijo, y esta *habla siempre* en eterno silencio, y en silencio ha de ser escuchada del alma.”<sup>5</sup>

Explica el Doctor místico más tarde, que esta PALABRA que es Cristo, despliega en la historia su infinita riqueza. El poeta encierra su visión en tres versos: “*Y luego a las subidas / cavernas de la piedra nos iremos, / que están bien escondidas.*” El comentarista teólogo añade: “tanto,[tan escondidas] que, por más misterios y maravillas que han descubierto los santos

<sup>5</sup> DLA 99

doctores y entendido las santas almas en este estado de vida, les quedó todo lo más por decir, y aun por entender; y así hay mucho que ahondar en Cristo; porque es como una abundante mina con muchos senos de tesoros, que, por más que ahonden, nunca les hallan fin ni término, antes en cada seno hallan nuevas venas de nuevas riquezas acá y allá” (C 37,4).

Por lo tanto, Palabra abierta todavía y siempre en nuestra historia. Abismal Palabra que nos autoriza a decir que “objetivamente” el Padre ya no habla, porque lo ha hablado todo y dicho todo en “su” PALABRA, “que no tiene otra”.

En la historia que sigue al evento histórico del Hijo de Dios habitando entre nosotros, bajo la acción del Espíritu, de quien se nos dice que nos llevará al conocimiento de la verdad, avanza la revelación “subjetiva”, es decir lo que podemos ir alcanzando y verbalizando, con hechos y palabras, la insondable, inabarcable novedad de la PALABRA de Dios. En esa larga historia, Dios ha concedido a la humanidad, testigos excepcionalmente receptores y comunicadores de *la* Verdad de Dios y de la nueva humanidad que nace a la historia con Jesús. Testigos de primer orden, “encarnaciones” más ricas y visibles, que podemos contemplar como páginas de la Biblia, que nos envían, porque ellos se captan así, a la fuente original que, para los cristianos, ha quedado “sellada” para siempre en los libros canónicos reconocidos y presentados por nuestra Iglesia “como palabra de Dios”.

Otros testigos excepcionales, como Teresa de Jesús, nos confiesan que Dios les ha hablado, que se les ha comunicado, dándoles un conocimiento vivo de la revelación por vía experiencial, por vía de amor. Sus palabras las escriben y proclaman con la fuerza de la “certidumbre” que podemos hasta constatar por la riqueza asombrosa de sus vidas, en la línea abierta por Jesús de Nazaret: habla [Jesús] y hablan estos calificados testigos con la autoridad de lo encarnado y vivido. Podemos hasta gustar, sentir la fuerza vital que crea vida, que los modela a imagen de la PALABRA-JESÚS. En cierto sentido son ellos lo que estamos todos llamados a ser: palabras de la PALABRA, su prolongación histórica, viva, por tanto, escrita antes *en* los mismos autores inspirados que en el papiro o papel. Son estos testigos prolongación viviente del VIVIENTE, “vaciada” en sus vidas personales, y escrita, cuando el Espíritu les ha conducido a tomar la pluma para dejar a la posteridad “las huellas” que ha dejado Dios en ellos y en sus escritos.

El Concilio Vaticano II habla de los canales por los cuales la “sagrada tradición”, contenida en los “libros sagrados”, “va creciendo en la Iglesia con la ayuda del Espíritu Santo, cuando los fieles la contemplan y estudian repasándolas en su corazón, cuando comprenden internamente los misterios que viven, cuando las proclaman los Obispos... con el carisma de la verdad” (DV 8).

Teresa se nos presenta como una mujer “liberada” por Dios, a la que le confía un “conocimiento amoroso” de su presencia activa, que la enriquece con una especial “inteligencia” de cuanto se le comunica y que, finalmente, desata en ella una enorme capacidad de comunicación, siempre “lenguaje insuficiente”, comunicación inacabada, insatisfactoria, para ella más que para nosotros, de lo mucho que no puede transvasar de su experiencia del misterio que la envuelve y baña hasta las más íntimas profundidades de su ser.

La breve, pero rica, alusión que hace Teresa al encuentro con “el libro nuevo”, “verdadero”, JESÚS (V 26,6), es decisiva en su camino hacia la Verdad completa, saciante. “Libro”, la Biblia, camino hacia el Libro definitivo que es Jesús, Teresa desea, ya en el s. XVI, que se abra a todos los cristianos. Revelación dinámica, “histórica, de generación en generación, personal, y no “guardada en un depósito”. Podríamos decir que Teresa opta por la Biblia como *Catecismo básico de formación*, inicial y permanente, alimento diario y sello de identidad de los seguidores de Jesús.

## 1.1 Teresa, moldeada por la Palabra

Aunque Teresa inicia el relato de su vida espiritual hablándonos del precoz “despertar, de edad de seis o siete años” (V 1,1), son las experiencias cristológicas el fundamento y horizonte de la construcción de su personalidad humana creyente. El Dios “divino y humano junto” (6M 7,9), Jesús de Nazaret, es la puerta de entrada y la clave explicativa de la experiencia y doctrina de la primera, LA PALABRA de las palabras de la Biblia, y en su medida de las de esta “Doctora de la Iglesia”.

Vale la pena recordar aquí los pasos marcados en su vida, que ella nos recuerda como piedras miliarenses de su proceso de personalización en

la relación con Cristo. Tironeada por las relaciones afectivas, “cansada” de verse sin capacidad de “liberarse”, tuvo su primer toque de “liberación” en cuaresma del 1554, delante “de una imagen de Cristo muy llagado”, ante la que confiesa su impotencia de liberarse por sí misma, poniendo su confianza en Jesús: “arrojéme cabe él con grandísimo derramamiento de lágrimas” (V 9, 1), “*estaba ya muy desconfiada de mí y ponía toda mi confianza en Dios*”; solo le dice que no se levantará de allí “*hasta que hiciese lo que le suplicaba*”. Resultado rápido y hondo: “*fui mejorando mucho desde entonces*” (ib 3). En Jesús, rostro humano de Dios y rostro divino del hombre, halla la respuesta a la afirmación de su condición humana y divina, hija de la tierra y del cielo, en su camino de conjugar armoniosamente divino y humano, cielo y tierra, alma y cuerpo.

Confiesa su fugaz desviación, siguiendo la doctrina de algunos letrados y espirituales, de apartarse de la Humanidad de Cristo, al llegar a una cierta etapa del proceso de vida espiritual, sumergiéndose en la Divinidad. Doctrina que combatirá después con vigor, explicando a sus lectores: “Había sido yo tan devota toda mi vida de Cristo (...) y así *siempre tornaba a mi costumbre de holgarme con él*” (V 22,4). Además, descubre pronto que la iniciativa en la relación con Dios, con Jesús, no le corresponde a ella, sino a Él. Es Jesús quien la presiona para atraerla a su amor rompiendo las ataduras afectivas que le frenaban y dificultaban su mejor relación con él. Anota con precisión: “Fue la primera vez que el Señor me hizo esta merced de arrobamientos: Entendí estas palabras: *Ya no quiero que tengas conversación-amistad con hombres sino con ángeles*, es decir, como aclara inmediatamente, “nunca más he podido *asentar* en amistad ni tener consolación ni amor particular sino a *personas que entiendo le tienen [amor] a Dios*” (V 24,7.8). ¡Estos son los ángeles!, con los que Teresa cultivará relación de amistad, en su intento personalísimo de potenciar y calificar su relación con Dios, al unísono con su amistad con personas que “tratan de lo mismo”, “haciéndose espaldas unos a otros”, con la convicción “que cree la caridad con ser comunicada”, compartida (V 7, 22).

Las “palabras de Dios” se multiplican en su andadura espiritual. No es casual que entre esta confesión a la que acabo de aludir (V 24) y a la que evoco rápidamente (V 26), intercale la escritora Teresa el capítulo sobre “hablas” con que Dios despertó su conciencia y fue haciendo girar hacia él su vida. En V 25, y en su paralelo 6M 3, la carmelita abulense experimenta

con fuerza el poder eficaz de la palabra de Dios: La “habla del Señor *es* palabras y obras”, “sus palabras *son* obras” (V 25,4); la primera señal de que son de Dios “*es el poderío y señorío que traen consigo, que es hablando y obrando*” (6M 3,5). Es fácil aproximar esta confesión teresiana a las del autor de la carta a los Hebreos: “es viva la palabra de Dios y eficaz, más cortante que espada alguna de dos filos...” (4,12). Sigue Teresa compartiendo lo que la PALABRA, Jesús, opera en ella, cuando se le presenta como “*Libro vivo*”, “*libro verdadero*”, “adonde he visto verdades. ¡Bendito sea tal libro [Jesús], que deja *imprimido* lo que se ha de *leer y hacer* de manera que no se puede olvidar!” (V 26,6). El conocimiento amoroso, experiencial no se puede olvidar, queda “*imprimido*”, *con*-forma a la persona con Quien es *la* PALABRA, viva y eficaz.

Resumo para el lector los pasos que acaba de revelarnos Teresa, imantada por Jesús, PALABRA viva, eficaz: Se apresura a comunicarnos el efecto transformador de esta palabra de Dios: “Ello se ha cumplido bien. Desde aquel día quedé tan animada a dejarlo todo por Dios como quien había querido dejar otra... a su sierva... *Ya aquí me dio el Señor libertad y fuerza para ponerlo por obra*” (V 24, 8-9). Culmina la experiencia liberadora de la PALABRA de Dios, Jesús, en torno al año 1560, poco después de que la Inquisición publicara, en el 1559, una lista de libros espirituales prohibidos, a la que aludí más arriba. Dios sale al encuentro de la desconsolada Teresa “porque algunos [de esos libros] me daba recreación leerlos”, y oye en su interior: “*No tengas miedo, que yo te daré libro vivo*” (V 26,6). Lo que no entiende de momento, lo entiende pronto, cuando empieza a recibir las gracias sobrenaturales “*crisológicas*”: Jesús “el libro vivo y verdadero”, *la* PALABRA de Dios. En Jesús el Padre *se* nos revela y comparte todo su ser con nosotros, y va desplegando, hoja a hoja, momento a momento, toda la revelación, gravándola en ella, Teresa, “*crisificándola*”. Resulta, además de acertada, clara, la afirmación teresiana: “muy poca o casi ninguna necesidad he tenido de libros” (V 26, 6). Recurre al verbo que apareció ya en la primera página del *Libro de la Vida*, cuando, para afirmar que en la oración, trato personal de amistad con Dios, “se le *imprimió el camino* de la verdad” (V 1,5). Comprende cordialmente que la Verdad es Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre. Verdad de Dios y verdad nuestra, del ser humano. Íntima e indisolublemente unidas. Fue la lucha permanente de Teresa: “ser divina y humana junto” en el seguimiento de Quien experimentó y

enseñó “Divino y Humano junto” contra las tendencias “espiritualistas” de los más<sup>6</sup>.

La visión de Cristo es iluminación del entendimiento, fuego en el corazón: “ve claro que está aquí Jesucristo”. Y cuando le preguntan sus confesores “¿quién dijo que era Jesucristo?”. Responde sin titubeos, con una gran seguridad, marcando tiempos: “Él me lo dice muchas veces...; mas antes que me lo dijese *se imprimió* en mi entendimiento que era Él”. Sigue presionando el lenguaje para dar a entender lo que aconteció, lo que acontece en cada creyente, siempre en fe, y no “en clara visión”: “sir *verse*, se *imprime* con una noticia clara, que no parece se puede dudar”, “*queda una gran certidumbre que no tiene fuerza la duda*”. La “certeza” se impone a la “oscuridad”, esas dos características definitorias de la fe (V 27,5-6). Conocimiento pasivo que incendia el corazón operando un cambio radical en la persona: “basta *una* merced de éstas para trocar toda un alma y hacerla no amar cosa, sino a quien ve que, sin ningún trabajo suyo, la hace capaz de tan grandes bienes..., trata [Dios] con ella *con tanta amistad y amor...*” (V 27,9).

Concluye el *Libro de la Vida* contándonos una gracia sublime: DIOS ES La MISMA VERDAD, con explicación incluida, que cincela así, poniéndola en boca de Dios: “No es poco esto que hago por ti, que una de las cosas es en que mucho me debes; porque *todo el daño que viene al mundo es de no conocer las verdades de la Escritura con clara verdad; no faltará una tilde de ella.*” Ante su reacción de que tanto ella como todos los fieles creían esto, Dios sigue diciéndole: “¡Ay, *hija*, qué pocos me aman con verdad!, que si me amasen, no les encubriría Yo mis secretos.” Dios le lanza la pregunta y le da él mismo la respuesta: ¿sabes qué es amarme con verdad? Entender que todo es mentira lo que no es agradable a Mí. Con claridad verás esto que ahora no entiendes en lo que aprovecha a tu alma” (V 40,1).

<sup>6</sup> Ofrezco al lector estas líneas de una carta que escribió al P. Jerónimo Gracián, rezumando humanismo y confesando sin tapujos la lectura que hace de los motivos expuestos por los superiores para alejarla de Ávila: “Yo digo a vuestra merced que aquí [en el pueblito manchego de Malagón] hay una gran comodidad para mí que yo he deseado hartos años ha; que *aunque el natural se halla solo sin quien le suele dar alivio, el alma está descansada, y es que no hay memoria de Teresa de Jesús más que si no fuese.* Y esto me ha de hacer no procurarirme de aquí si no me lo mandan, porque me veía desconsolado algunas veces de oír tantos desatinos.; que allá [en Ávila], *en diciendo que una es santa, lo ha de ser sin [de] pies ni [a] cabeza. Riense porque yo digo que hagan otra allá, que no les cuesta más de decirlo*” (Ct fin/1/1580; 315).

El amor es la clave hermenéutica de la Palabra, la puerta que nos abre a la comprensión más íntima de las Escrituras como lo recordará al inicio de “sus meditaciones” sobre algunas frases del *Cantar de los Cantares*.

Volveré sobre esto, citando sus palabras dirigidas directamente a los estudiosos y hermeneutas de la Palabra de Dios. Por ahora, oigamos cómo expresa el efecto de largas consecuencias que le deja gravado en lo más íntimo de su ser. Cambio únicamente la sintaxis: “*entendí qué cosa es andar un alma en verdad delante de la misma Verdad: no hacer caso de cosa que no sea para llegarnos más a Dios*” (ib 3)<sup>7</sup>.

## 1.2 Teresa, vocera de la Palabra de Dios

Esta mujer, tan amante de la Palabra de Dios, desde la verdad en la que Dios la ha instalado, LA PALABRA, Jesús, PALABRA del Padre, desafia, criticando con valentía, que se prohíba lectura de la Biblia y, más, que, positivamente, no se abra y facilite a los cristianos, con una buena formación, el acceso a la Biblia, que recoge la larga e intensa comunicación con sus hijos, luz, guía y pauta de la que sigue en todo tiempo obrando en sus hijos. Porque Teresa ha recibido mucha luz en algunos textos bíblicos que ha leído, se atreve a poner por escrito su experiencia, desafiando a la Inquisición. Y, para más desafío, entra en el *Cantar de los cantares*, el libro bíblico más temido por los celantes de la ortodoxia y más apreciado por los místicos, desde Orígenes, y los Padres alejandrinos, llegando hasta Guillermo de Saint-Thierry y místicos de Occidente<sup>8</sup>.

<sup>7</sup> Nos dirá pocos años después, recordando la pregunta de Pilatos a Jesús, “¿qué es la *verdad?*, “lo poco que entendemos acá de esta suma Verdad” (6M10, 6), llegando a la comprensión de la *humildad*, “*la humildad que es andar en verdad*” (ib 8), y entiendo “*por qué Dios es tan amigo de la humildad*”, “*porque Dios es suma Verdad*” (ib 8).

<sup>8</sup> *Exposición sobre el Cantar de los Cantares*, Sígueme, Salamanca, 2013, y por su colaborador, espiritual y cronológicamente más cercano, Juan de la Cruz, en su *Cántico Espiritual*, Juan de la Cruz. Libro, *el Cantar de los cantares*, cuya traducción al castellano le valió la cárcel a Fray Luis de León, el primer editor de las Obras Teresianas, en 1558. No sé si a los oídos de la monja carmelita, escritora y fundadora del nuevo Carmelo, en las dos ramas, femenina y masculina, llegó la perla del Inquisidor Valdés, (cito de memoria, “que por más que las mujeres pidan con apetito insaciable comer de este manjar, [lectura de la Biblia], hay que poner a la puerta querubín con cuchillo de fuego para prohibirles la entrada”. Juan de la Cruz, ya muerta Teresa de Jesús, tejerá su poema *Cántico espiritual*, en el bastidor del poema epitalámico de Salomón, porque formado, como Teresa en la misma escuela del Espíritu.

En lo que podríamos titular *Introducción* a “mis meditaciones”, (lo que ella escribe en el 1, 1-9), regala a los celantes de la ortodoxia, y a todos los lectores de la Palabra de Dios, algunas perlas cortantes, *flashes* de su sabiduría y la libertad con que se siente agraciada por Dios, y consciente de *su derecho* de palabra en la Iglesia a la que pertenece: “que tampoco hemos de quedar las mujeres tan fuera de *gozar* las riquezas del Señor” (MC 1,8b). También a los varones, que se han apropiado la Palabra de Dios, que “cuando nos declaran *el romance solo, tan oscuro nos queda como el latín*” (ib 2) y razona: estas palabras [del Cantar, de la Biblia] *dícelas el amor, y como no le tienen, bien pueden leer los Cantares cada día y no ejercitarse en ellas*”, ni aun osarán tomarlas en la boca y así, “*no les habláis nada*” (ib 11); y, una vez más, apunta al miedo instalado en el seno de la comunidad eclesial: “he oído a algunas personas decir que antes huían de oírlas” [las palabras de los *Cantares*]. Y exclama: “¡Oh, válgame Dios qué gran miseria la nuestra! Que como *las cosas ponzoñosas, que cuanto comen se vuela en ponzoña*, así nos acaece, que de mercedes tan grandes como aquí nos hace el Señor..., *hemos de sacar miedo y dar sentidos conforme al poco sentido del amor de Dios que se tiene*” (ib 3)<sup>9</sup>.

Hay que empezar, por donde empieza ella, por ese manifiesto “irrespetuoso”, ¡pero valiente, racional, justo! a favor de las mujeres, denunciando el *masculinismo* vergonzoso que dominaba su sociedad y su Iglesia: Dentro de este marco de crítica, con no disimulada ironía, a lo establecido por la jerarquía eclesial, cabe un apunte sobre su segundo escrito, *Camino de Perfección*. Nos cuenta que los espirituales y letrados que, por fin, aprobaron el *Libro de la Vida*, le dicen “que era de *gran* provecho para aviso de cosas espirituales, y mandáronle que la trasladase [hiciera una copia, porque no estaba para llegar al público] e hiciese otro librito para sus monjas”<sup>10</sup>.

Leyendo esta segunda entrega de la ya bien consagrada escritora, el lector más distraído percibe que Teresa está en llamas, que arde por dentro.

<sup>9</sup> Ya en el *Libro de la Vida*, había apuntado a dos posibles lecturas de la historia humana, justo en el final del capítulo en el que trata de las “hablas de Dios”. “No entiendo estos miedos; ¡demonio, demonio!, adonde podemos decir: ¡Dios!, ¡Dios!, y hacerle temblar [al demonio]... Es sin duda que tengo ya más miedo a los que tan grande le tienen al demonio que a él mismo” (V 25,22).

<sup>10</sup> CC 53,8. Para la única comunidad que existía todavía, la de san José de Ávila. El librito en cuestión es *Camino de Perfección*, al que también le espera una larga calle de amargura antes de que pueda saltar los “muros de la *clausura*”, que entonces, y en buena medida hoy para no pocos, eclesialísticos y laicos, “identifica” a las monjas *contemplativas*.

O si no, díganme cómo una monja “de *clausura*”, que así la nombra el nuncio del Papa, no contemplativa que escribe un texto de formación para un puñado de mujeres contemplativas, aunque tuviera en mente las que vendrían después, ¿o por eso! le sale un libro tan crítico y combativo, persiguiendo con su pluma bien afilada, todas las liebres que le salen en contra de la mujer, para no dejar a ninguna viva con su crítica tan acerada y cortante: “Ni *aborrecisteis*, Señor..., cuando andabais por el mundo las mujeres, antes las favorecisteis siempre con mucha piedad y hallasteis en ellas tanto amor y más fe que en los hombres... ¿No basta, Señor, que nos tiene el mundo acorraladas e incapaces para que no hagamos cosa que valga nada por vos en público ni osemos hablar algunas verdades que lloremos en secreto, sino que no nos habíais de oír petición tan justa? No lo creo yo, Señor, de vuestra bondad y justicia, que sois justo juez, y no como los jueces del mundo, que como todos son hijos de Adán y, en fin, todos varones, no hay virtud de mujer que no tengan por sospechosa... Veo los tiempos de manera que no es razón desechar ánimos virtuosos y fuertes, aunque sean de mujeres”<sup>11</sup>. En este tono se expresará la libre y crítica Teresa en cuestiones que sólo una mujer de la talla humana y cristiana que Teresa afrontó ya hace 5 siglos y que no han logrado cambiar mucho las cosas. ¿Se podría pedir a quien corresponda un gesto que ponga música alegre a esta letra de oro de la monja abulense?

Teresa de Jesús tiene un sentido muy fuerte y hondo de pertenencia a la Iglesia, como a la sociedad, con derecho a la palabra. Por eso, y con mucha más claridad y fuerza conforme avanza en el descubrimiento de su libertad, se pronuncia en las cuestiones “abiertas” en la Iglesia y en la sociedad civil, particularmente con relación a la situación de la mujer: el acceso a la formación, a la lectura de la Biblia, a la oración, mínimamente concedida a la mujer, solo la oración “vocal”, cerrándosele el paso a la oración “mental” y a la “contemplación”.

Rechaza abiertamente que a la mujer se le cierre el acceso a la Palabra de Dios: “Que tampoco no hemos de quedar las mujeres tan fuera de gozar las riquezas del Señor” (MC 1,8). Audacia suprema, se atreve a comunicar

<sup>11</sup> CE 2,1. Se trata de la 1ª redacción de *Camino de Perfección*, llamada del Escorial y que se publica ya en todas las ediciones de las *Obras* de Teresa. Que el censor tachó con saña hasta hacerla ilegible.

a unas mujeres lo que ella ha entendido meditando algunas frases del *Cantar de los Cantares*, aunque, con mal disimulada ironía se adelanta al más que presumible juicio de los varones, diciendo que “serán hartas boberías” (ib), yendo adelante en la crítica a la situación en la que se encuentra, concretamente en una Iglesia atenazada por el miedo, diagnosticando esta enfermedad: “se espantarían y lo tendrían por gran atrevimiento, porque estas palabras [bíblicas] dícelas el amor, y como no lo tienen, bien pueden leer los *Cantares* cada día y no ejercitarse en ellas, ni aun las osarán tomar en la boca, que verdaderamente aun oír las hace temor, porque traen gran majestad [poder] consigo” (ib 11).

Palabras, las de la Escritura que dice el amor, y que sólo el amor las entiende y puede comunicarlas: “si oyesen a una alma muerta por amor de su Dios decir estas palabras y otras semejantes, que están en los *Cantares*, dícelas el amor; y como no lo tienen, bien pueden leer los *Cantares* cada día y no ejercitarse en ellas...”. Y hace una alusión a la presencia viva de Jesús en la Eucaristía: “Harta [majestad, poder] traéis en el Santísimo Sacramento;”, y como “no tienen fe viva, sino muerta..., no les habláis nada” (ib 11). Además, sigue presionando la mística Teresa, “cuando nos declaran el romance solo, tan oscuro se nos queda como el latín” (ib 2).

Comienza refiriéndose a “las muchas cosas que es menester mirar para comenzar este viaje divino” de la oración-*amistad* con Dios, con una actitud de fondo: “*una grande y muy determinada determinación*”: para vencer la influencia de los “*miedos que os pusieren*” y “*los peligros que os pintaren*”<sup>12</sup>; y también, determinada determinación contra las resistencias interiores a apostar por la amistad con Dios y los prójimos, contra los miedos *interiores*.

Una cuestión gramatical, en primer lugar y teológica después. Puesto que a las mujeres sólo se le permite la oración “*vocal*” y se les prohíbe la oración “*mental y la contemplación*”, la inteligente Teresa, dice dos cosas a los defensores de esta teoría: 1ª que el sustantivo “oración” cubre los adjetivos; y 2ª, que la oración vocal pura, no existe. Así les increpa: “¿Qué es esto, cristianos, lo que decís que no es menester oración mental? ¿Os

<sup>12</sup> C 21,5. En este capítulo nos presenta la situación histórica que la envuelve y su reacción valiente: es “una opinión del *vulgo*. No son tiempos de creer a todos, sino a los que viereis van conformes a la vida de Cristo”; “dejaos de temores donde no hay que tener”. (ib 10).

entendéis? Ciertamente, pienso que no os entendéis, y así queréis desatinemos todos; ni sabéis qué es oración mental, ni cómo se ha rezar la oración vocal, ni qué es contemplación, porque si lo supieseis, no condenarías por un cabo [lado] lo que alabáis por otro” (C 22,2). Llega a decir a los enemigos de la contemplación: “no penséis los que sois enemigos de la contemplativos que estáis libres de serlo, si las oraciones vocales rezáis como se han de rezar” (C 30,7). Y un segundo apunte, no menos importante e iluminador: la oración puramente vocal no existe, “si ha de ser bien rezado lo vocal”, “*hay que entender* con quién hablamos y quién sois vos” “y estudiar cómo haré mi condición conforme con la suya” (C 22,7). Sale al encuentro de la reacción de sus lectores escribiendo: “Tenéis razón en decir que ya es oración mental”; y responde: “yo os digo que no sé cómo apartarlo [oración vocal de mental]” (C 24,5). Hasta se atreve a poner en labios de las mujeres este argumento: “apurad si ha de estar el entendimiento y corazón en lo que decís. Si os dijeren que sí -que no podrán decir otra cosa- veis adonde confiesan que habéis forzado [necesariamente] de tener oración mental” (C 21,10).

Explica con crítica frontal la posición de los que niegan a las mujeres la oración mental y perfila lo que es ésta en C 22: Toda verdadera oración es “entender *estas* verdades: *quién* es Dios, *quién* es el que ora a Dios, y cómo estudiar para que mi *condición* conforme con la suya” (ib 7).

Genialidad y estrategia, provocación a quienes prohíben a las mujeres la lectura de la Biblia y la oración “mental”. Declara su intención de fundar toda su vida y enseñanza de la oración-*amistad*, de la vida espiritual en el Padre nuestro, página luminosa, síntesis perfecta de la revelación divina, “libro que no os podrán quitar”<sup>13</sup>. Antes de la pulla a los Inquisidores, subrayemos “el libro”, por supuesto “bíblico”, del Padrenuestro, “cuán subida en perfección es esta oración evangélica, bien como ordenada [compuesta] de tan buen Maestro”<sup>14</sup>. Termina *Camino de perfección*, libro de formación, con esta afirmación: el Padrenuestro “encierra en sí todo el camino

<sup>13</sup> Así en el correspondiente CE 36,4. Y precisa en C 21,9: “porque esto tiene el verdadero siervo de Dios, a quien su Majestad *ha dado luz del verdadero camino*, que en estos temores le crece más el deseo de no parar”. ¡Esto explica de raíz la valentía de Teresa, su libertad interior de que Dios está con ella en este combate! En una carta, en el contexto de otra acusación a la inquisición de la comunidad de Carmelitas de Sevilla: “La verdad padece mas no perece” (Ct a Isabel y María de san José, 3/5/78; 284, 26).

<sup>14</sup> C 37, 1.

espiritual, desde el principio hasta engolfar Dios el alma y darle abundantemente a beber de la fuente de agua viva (C 42,5). Justamente lo que se puede y debe decir de toda la Biblia.

Teresa revela así su genio, la hondura y calidad de su espíritu, bien conducida y educada por el Espíritu, que le lleva a la verdad completa, Jesús, la PALABRA de la que nacen y a la que, paso a paso, “desde antiguo y por muchos medios habló Dios en el pasado... y en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio de su Hijo” (Hb 1,1-2). Algo así como si dijera, el Padrenuestro es la Biblia de los sencillos de corazón, que en el tú a tú de la oración, llegan al conocimiento amoroso, a la sabiduría de Jesús, que no es la de las escuelas teológicas o/y bíblicas. “este libro [del Padrenuestro] no os lo podrán quitar”.

Cierro este apartado con otra palabra teresiana, que ella pone en boca de Dios, pero que, aunque no fuera una palabra de Dios “sobrenaturalmente” concedida a Teresa, es palabra-guía de buena hermenéutica. Escribe Teresa en una *Cuenta de conciencia*, billete de una experiencia concreta del Dios que la enseña, escrita posiblemente a mediados de 1571: “Estando... pensando si tendrían razón los que les parecía mal que yo saliese a fundar y que estaría yo empleándome siempre en oración<sup>15</sup>, entendí: “Mientras se vive, no está la ganancia en procurar gozarme [en el tú a tú del acto de oración], sino en hacer mi voluntad.” Parecíame a mí que, pues san Pablo dice del encerramiento de las mujeres -que me han dicho poco ha y aun antes lo había oído- que ésta sería la voluntad de Dios [que me encierre en la clausura y ore]. Díjome [Dios]: *Diles que no se sigan* [que no se rijan] por una parte de la Escritura, que miren otras, y que si podrán por ventura atarme las manos” (CC 16).

## 2. Teresa, mujer bíblica, cuestiona a la teología

A Teresa no le han asegurado los “espirituales”, en cuyo grupo se incluye: ella es “espiritual”. Y por eso se toma la licencia de expresar a uno de ellos que si le parece, ella desearía consultar algún letrado. Escribe en

<sup>15</sup> Una cuestión con la que se ha enfrentado posteriormente y a la que ha respondido con agudeza teológica (cf F 5; 5M 3; 7M 4.4-18).

el escrito a la Inquisición exponiendo su modo de proceder, y una amplia declaración en la que presenta a todos los que ha consultado y seguido su parecer: “Y pareciéndole [habla de sí en tercera persona] que personas *espirituales* también podían estar engañadas como ella, dijo a su confesor *si quería tratase algunos letrados, aunque no fuesen muy dados a la oración*, porque ella no quería saber sino *si era conforme a la sagrada Escritura todo lo que tenía*.”<sup>16</sup>

Esta expresión “*conforme a la sagrada Escritura*” aparece en todos sus escritos, exigencia profunda de su búsqueda de la verdad siempre y en todo. La estampa por primera vez cuando le llega el rumor de que “*andaban los tiempos recios... y que podría ser le levantasen algo [la delatasen] y fuesen a los inquisidores*”. Teresa responde sin titubeos: que si viese que hubiera algo “contra la menor ceremonia de la Iglesia o por cualquiera verdad de la sagrada Escritura, me pondría a morir mil muertes... *y yo me la iría a buscar* [a la Inquisición]”<sup>17</sup>. En general, refiriéndose a todas las gracias que recibe, escribe “que queda con grandísima fortaleza y muy de veras para cumplir con todas mis fuerzas *la más pequeña parte de la Escritura divina*” (V 40,2). Y así exhorta encarecidamente a sus lectores: “*ninguna* [de las “hablas” que recibáis] *que no vaya muy conforme a la Escritura* hagáis más caso de ella que si la oyeseis al demonio” (6M 3,4).

Teresa busca la luz de la Escritura y no de la *teología* de sus acompañantes. Nos ha dejado este vibrante texto, en respuesta a un gran amigo y letrado Dominicó, sobre si fundar sus comunidades “sin renta”, “en pobreza” o “con renta”. Ella optaba por la pobreza absoluta. Nos cuenta que este amigo “envióme dos pliegos de contradicción y teología para que no lo hiciese [no fundase el primer monasterio de pobreza, sino con renta], y así me lo decía que lo había estudiado mucho. Yo le respondí que para no

<sup>16</sup> CC 53,9. Precisa esta hambrienta de la verdad desde su temprana edad: “Tenía extremo [era extremosa, exagerada] no se sujetar a quien le parecía que creía todo era de Dios, porque luego temía los había de engañar a entrambos el demonio; y con quien veía era temeroso [más difidente sobre los fenómenos “extraordinarios”] *trataba su alma de mejor gana*” (ib 18). La verdad le hechiza, le atrae irresistiblemente.

<sup>17</sup> V 33,5. Quien más seguridad le da en el discernimiento es quien “me aseguraba con cosas de la sagrada Escritura” (F 30,1). Engloba muchos de los que ha consultado sus camino espiritual, escribiendo: “Ninguna han hallado que no sea muy conforme con la Sagrada Escritura.”

seguir mi llamamiento y el voto de pobreza que tenía hecho y los consejos de Cristo con toda perfección, *que no quería aprovecharme de teología*<sup>18</sup>.

Es un estribillo de esta mujer con hambre y sed insaciables de la Palabra de Dios que le digan sus acompañantes letrados si está de acuerdo con la “sagrada Escritura todo lo que tenía”<sup>19</sup>. Gozaba de una convicción que no tradujo en letra escrita: El Espíritu que inspiró a los autores de las Escrituras sigue obrando en nosotros. Así que tiene que darse acuerdo y armonía entre lo que está en la Biblia y lo que obra en cualquier momento histórico en la comunidad eclesial y en cada persona.

## Conclusión

La mejor firma para mostrar la autenticidad de lo que he tratado de decir en este estudio es recoger algunas confesiones personales de Teresa de Jesús sobre sus querencias bíblicas: “*Siempre* yo he sido aficionada y me han recogido más las palabras de los Evangelios que se salieron de aquella sacratísima boca [Jesús] así como las decía, que libros muy bien concertados” (CE 35,4), y que deja así en la 2ª redacción: “*Siempre* yo he sido aficionada y me han recogido más las palabras de los Evangelios que libros muy concertados” [de meditaciones] (C 21,4).

Desafía a los puntillosos hermeneutas de la Escritura, después de citar varios textos evangélicos que tienen siempre como fondo la “mediación” de la Humanidad de Jesús: “dirán que se da otro sentido a estas palabras. *Yo no sé esotros sentidos*; con éste que siempre siente mi alma ser verdad me ha ido muy bien” (6M 7,6). No se puede prescindir de la mediación de Jesús, el Dios humanado, en ninguna etapa del proceso espiritual<sup>20</sup>. En-

<sup>18</sup> V 35,4. En *Camino de Perfección* todavía escribe que “son nuestras armas la santa pobreza” (2,7), e, inspirada en santa Clara, “grandes muros [de protección y seguridad] son los de la pobreza” (ib 8). Años después pedirá que se quite de las *Constituciones* el que las comunidades sean de pobre, es decir, que no tengan renta: “En nuestras *Constituciones* dice sean de pobreza, y no puedan tener renta. Como ya veo que todas llevan camino de tenerla, mira si será bien se quite esto, pues el concilio [de Trento] da licencia la tengan” (Ct a Gracián 21/2/81; 360,9).

<sup>19</sup> CC 53,9; cf V 34,12, Testifica con gozo que sus grandes amigos “letrados” “ninguna [cosa] han hallado que no sea muy conforme a la sagrada Escritura” (CC 3, 4\*\*,13; dice de un teólogo [el doctor Velázquez], que “le aseguraba con cosas de la sagrada Escritura” (F 30,1).

<sup>20</sup> Habría que ver aquí si Teresa entendió bien la postura de los autores a los que critica con vigor. Pero esto no se puede afrontar aquí.

tiende *por experiencia* las palabras del Evangelio que hablan de la presencia, in-habitación de la Trinidad en el alma (Jn 14,23) (7M1, 3).

Cita en este contexto de las 7M dos pasajes bíblicos: el de la in-habitación, y escribe: “¡cuán diferente cosa es oír las palabras de la Escritura [se refiere en concreto a las palabras de la in-habitación trinitaria, (Jn 14,23)] y entender por esta manera [de experiencia amorosa] cuán verdaderas son!”; recuerda también que “las palabras del Señor *son hechas como obras en nosotros*” (ib 2,9), y en este contexto, exclama: “¡Oh Jesús y quién supiera las muchas cosas de la Escritura que debe haber para dar a entender esta paz del alma!” (ib 3,13). Este texto nos comunica una convicción personal muy íntima: si el Espíritu de Dios es el que comunicó su iluminación a los autores bíblicos, la palabra bíblica será la más adecuada para expresar la acción del mismo Espíritu sobre ella y cada uno de los hijos de Dios.

